
DEMOCRACIA DEL ATLANTICO A LOS URALES. UNA VISION CATALANA

De vez en cuando, como por oleadas, afloran a la superficie de la opinión pública, escritos y discursos en pro de los nacionalismos sin estado. Ultimamente, la desmembración de la URSS y las luchas intestinas en Yugoslavia están originando opiniones sobre la independencia de antiguos territorios incorporados a naciones-estado. El presente ensayo se inscribe en el contexto pronacionalista para Cataluña dentro de la nueva construcción de Europa. RAZON Y FE acoge en sus páginas diversas posturas que, en diálogo respetuoso, puedan iluminar el complejo problema de la convivencia nacional e internacional.

Josep Huguet Biosca

LA penúltima semana de noviembre de 1990 tenía lugar en París la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea. El canciller alemán Kohl se felicitaba por la reunificación de la nación alemana, a la que había sido reconocido el derecho a la autodeterminación: «Sin la CSCE no hubiera sido posible acabar la unidad alemana de manera tan feliz». Pero, advertía contra el resurgir de los nacionalismos que, en su parecer, amenazan con retrasar el reloj de la nueva Europa, en el momento en que se liquidan los efectos de la guerra fría: «los antagonismos periclitados de la época de la confrontación no han de ser sustituidos por nacionalismos del pasado».

En esta misma Conferencia Felipe González prevenía, también, contra los «nacionalismos exacerbados». Y en el mismo discurso el presidente español reivindicaba Gibraltar: «No podemos prolongar la existencia de vestigios anacrónicos (...) incompatibles con la nueva Europa» y abogaba por América Latina que comparte, dijo, «la lengua, la cultura y los valores».

También en París, Gorbachov atacaba «el nacionalismo militante y el nuevo separatismo insensato», que transformarían muchas regiones en un nuevo Líbano. Denunciaba el peligro de balcanización de los estados y tildaba a los nacionalismos de provincianos.

Democracia del Atlántico a los Urales. Una visión catalana

¿De qué nacionalismos exacerbados y peligrosos hablaban, en París, el salvador de la Unión Gorbachov, el reunificador nacional Kohl y el conductor de «la España en progreso»?

OBVIAMENTE se referían a los nacionalismos sin estado, se referían a las reivindicaciones de lituanos, estonianos, georgianos, eslovenos, escoceses, lombardos, vascos o catalanes. Los estadistas europeos no hablaban, claro está, de ellos mismos, cuando en una época de desideologización echan mano de argumentos nacionalistas para arrancar votos: «Alemania un solo pueblo», «La France Unie», «En interés de España»; cuando con cicatería, se obstaculiza la cesión de competencias de los estados a la CEE o cuando bajo lenguaje europeísta, como denunció la primera ministra Margaret Thatcher, se esconden proyectos neo-hegemonistas franceses o alemanes; cuando desde la legislación se cierra el paso a la inmigración y al ingreso de ésta en la plena ciudadanía de los estados.

Pues bien, los nacionalismos que preocupan no son estos últimos. En las agendas de trabajo de los grandes mandatarios internacionales se ha incorporado desde hace dos años un tema nuevo. Ahora que la distensión política y militar Este-Oeste es un hecho, ahora que el «Nuevo Orden Internacional» se va a instalar después de la Tormenta del Desierto, el tema que señalan sus agendas es el de los nacionalismos. En el encuentro Mulroney-Gorbachov, sobre la mesa aparecían las cuestiones de Quebec y de Lituania; en el orden del día de la reunión Bush-Gorbachov figuraba el conflicto báltico; el ministro de Asuntos Exteriores italiano De Angelis se mostraba hace tiempo preocupado por que la ola nacionalista del Este no llegara a cuestionar las fronteras del Oeste, y eso lo decía antes de la espectacular subida de las Leghe regionalistas y el actual fiasco institucional; el ministro de Asuntos Exteriores de la RFA Genscher afirmaba que era necesario regular el derecho de las minorías nacionales, y Fernández Ordóñez aportaba el estado de las autonomías como una gran solución; el presidente Havel proponía un mecanismo regulador de los conflictos nacionales; y editorialistas poco sospechosos de afinidades con los nacionalismos sin estado como los de *El País* apuntaban la necesidad de que existiera un organismo de arbitraje para conflictos nacionalitarios en el marco de las instituciones europeas.

La caída del comunismo en el Este de Europa ha colocado en el primer plano la cuestión de aquellas sociedades subalternas que no son titulares de un estado, o que lo son de forma subsidiaria, y que aspiran a serlo. Cuando Europa camina hacia la aceptación sin reservas de los derechos democráticos con un grado notable de justicia social, quedan tres grandes retos por afrontar: las diferencias Norte-Sur, los grandes problemas ecológicos y los derechos colectivos o de los pueblos. Las dos primeras cuestiones parece que empiezan a ser asumidas por los poderes mun-

diales. La última, a pesar de aparecer en todas las agendas, continúa siendo tratada muchas veces como cuestión inexistente, hasta que provoca víctimas. La contundencia americana en la intervención a favor de Kuwait se ha tornado duda hamletiana ante el genocidio kurdo.

La bondad de los nacionalismos

PERO volvamos a Europa y a sus peligrosos nacionalismos. ¿Son peligrosos realmente esos nacionalismos que reivindican el derecho al autogobierno de forma pacífica y democrática? ¿O la democracia es un sistema cuyo límite lo trazan las fronteras de los estados? ¿Nos llevan los nacionalismos sin estado al desastre? En un encuentro celebrado en Montpellier una veintena de intelectuales convocados por *Le Nouvel Observateur*, *France Culture* y *El País* debatían en torno a la cuestión: «¿Las naciones son peligrosas?». Y en este contexto, Max Gallo, asesor de Mitterrand y ex-ministro, decía: «La pregunta de si el nacionalismo conduce al desastre me parece una falsa cuestión. Sería como preguntarse si el internacionalismo conduce al desastre. (...) Partiré de ciertos hechos probados. Las naciones existen. Podemos lamentarlo, pero están ahí. (...). Cada vez que se ha querido negar esa realidad con ideologías diversas, con las motivaciones más generosas o, al contrario, con inspiraciones imperiales autoritarias, ha habido manipulación. Por ello, mi preocupación, en lugar de responder a la pregunta de si el nacionalismo sigue conduciendo al desastre, sería preguntarme si negar la cuestión nacional, y para negarla presentarla con la palabra nacionalismo, conduce al desastre».

En el mismo coloquio Sami Nari, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad París VIII distinguía perfectamente entre la peligrosidad de los nacionalismos de estado y la relativa inocencia de los nacionalismos sin estado. «En las sociedades organizadas hay dos tipos de nacionalismo. Está el que se podría definir esquemáticamente como democrático, republicano, como se acaba de definir, de apertura. Este nacionalismo es, en lo que respecta a la propia sociedad, en primer lugar una vía de acceso a la integración para todas las capas de la población. Se basa en las libertades de expresión y de organización y es, en consecuencia, democrático. En el exterior, este nacionalismo puede ejercer perfectamente el papel de universalismo, porque es un nacionalismo de solidaridad. Hay una segunda versión del nacionalismo, que es el nacionalismo autoritario, que trata de materializar la realidad de la idea de la nación; está basado en la jerarquía y en la fuerza y su característica principal es que somete la democracia a la idea que pretende representar, a menudo mediante el uso abusivo del Estado y del Ejército. Es, y lo diré con una palabra que

Democracia del Atlántico a los Urales. Una visión catalana

no está ya de moda, reaccionario. Tiene tendencia a proyectarse hacia el exterior como un nacionalismo agresivo y de dominación».

Entonces, si sesudos intelectuales de la capital del jacobinismo reconocen esos matices diferenciales entre nacionalismos, ¿por qué los nacionalismos sin estado continúan sentados en el banquillo de los acusados? ¿Para quién son peligrosos esos nacionalismos? ¿Por qué son sospechosos?

EN España asistimos hace poco más de un año a un espectáculo de aspavientos variados, pronunciamientos militares y anatemizaciones diversas cuando los Parlamentos de Euskadi y de Cataluña recordaron que, a pesar del actual pacto constitucional que respetan, son sujetos de derechos colectivos, es decir, no renuncian al derecho de autodeterminación. Pero en verdad, el núcleo de la cuestión era que, como afirmaba un lúcido artículo de *El Mundo*, de Madrid, el problema no es cómo conseguirían esos pueblos ejercer ese derecho, sino cómo desde la democracia, con métodos democráticos, se puede impedir. El problema de fondo es, pues, éste: Rusia no puede, sin volver ella misma a la dictadura, impedir la independencia de Lituania, Serbia no puede, sin verter sangre, obstaculizar la autodeterminación de Croacia. Hasta Francia, la jacobina, debe reconocer, lo ha hecho hace poco, la existencia del pueblo corso.

Pero, a pesar de la tozudez de la realidad nacional, en un mundo aparentemente laico, existe el dios estado y su encarnación terrena, la frontera. El orden internacional se continúa basando en los criterios más ancestrales, más tribales. Los pueblos, las colectividades son sujetos de derecho siempre que les ampare un estado. En caso contrario, la supuesta vulneración de esos derechos es una simple cuestión interna, al amparo de cualquier injerencia exterior. Los kurdos nos lo podrían explicar.

En la «Carta de París para una Nueva Europa», firmada por los Jefes de Estado y de Gobierno de los 34 países de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, todo aquello que pudiera suponer un apoyo a los nacionalismos sin estado quedó marginado. Existen preciosos artículos sobre las libertades individuales: «Afirmamos que cualquier individuo, sin discriminación, tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión o convicción, a la libertad de circulación».

«Reiteramos nuestra determinación de luchar contra todas las formas de odio racial o étnico, de antisemitismo, xenofobia y discriminación hacia toda persona, así como contra toda persecución por motivos religiosos o ideológicos.»

Sólo un artículo reconoce la «identidad étnica, cultural, lingüística y religiosa de las minorías nacionales» y su derecho a expresar, preservar y desarrollar estas identidades sin ninguna discriminación».

Nacionalismos en el banquillo de los acusados

LOS nacionalismos sin estado generaron en París mucha literatura oral sobre sus peligros, pero muy poca escrita sobre la forma democrática de evitarlos.

Por el contrario, la mayoría de la literatura política que aún se produce, salida de plumas posicionadas en el terreno de naciones grandes, de culturas hegemónicas, insiste en la perversidad de esos micro-nacionalismos. Se les acusa de ser opciones del pasado, anacrónicas, decimonónicas, retrógradas. De representar sectores retardatarios, agrarios, cerrados. De ser antidemocráticos, anticonstitucionales, desestabilizadores, desintegradores, creadores de tensiones. De convertirse en antipopulares, asimiladores, discriminadores, defensores de intereses particulares y privilegios, insolidarios, intolerantes, mezquinos. O bien, de provocar la balcanización, la beneluxización, la libanización de Europa.

Los nacionalismos sin estado son acusados de no funcionales, generadores de ineficacia y descoordinación, obstáculo para el progreso. De estar basados en mitificaciones y mixtificaciones, manipuladores, religiosos, irracionales, con liturgias, mesiánicos, fundamentalistas. Que promueven la división en comunidades, los enfrentamientos étnicos, el irredentismo, el imperialismo.

Son condenados por reaccionarios, filo-fascistas, racistas, chovinistas. También por mirarse el ombligo, por ser antropológicos, localistas, folclóricos, victimistas, provincianos. O por obstaculizar el futuro, la unión continental, la fusión nacional, el internacionalismo. Los nacionalismos pueden ser considerados alternativamente de ser de derecha burguesa, populistas, o bien de tercermundistas e izquierdistas. Finalmente pueden ser etiquetados como utópicos, soñadores o visionarios.

¿Por qué esta gruesa artillería contra esos nacionalismos que se consideran peligrosos? ¿Por qué tanto armamento ideológico contra propuestas ilusas? Si caminamos de verdad hacia los estados-continente, ¿qué futuro pueden esperar a propuestas tan localistas? Si, por el contrario, los estados son sólidos, ¿por qué «nunca como ahora en este final del siglo XX, la humanidad ha estado tan rigurosamente dividida y encerrada en esas rayas que llamamos fronteras, y nunca como ahora había estado tan consciente de esta división»? (1). ¿Por qué preocuparse de unos cuantos utópicos que los cuestionan? Si «el Estado-nación, tal como existe hoy en la Europa comunitaria, goza de buena salud, tan buena como para frenar las derivas institucionales de la integración, es decir, la creación de un auténtico poder supranacional (...) y no está nada claro que el ejercicio de las competencias «regionales» implique una disminución demasia-

(1) Joan F. Mira. «Universalisme i particularisme» en *El nacionalisme català a la fi del segle XX*. II Jornades, Ed. La Magrana, Ed. 62 (Polítiques), Barcelona, 1989, pág. 168.

Democracia del Atlántico a los Urales. Una visión catalana

do considerable del poder o de las capacidades del Estado-nación» (2), ¿por qué tanto escándalo en París, en Moscú o en Madrid contra los nacionalismos que no gozan de estado?

Desde la periferia uno tiene la impresión de que en el fondo, ahora que los valores democráticos han conducido a respetar los derechos individuales y a repartir, aunque sea desigualmente, el poder social, lo que los nacionalismos sin estado ponen sobre la mesa es el nulo reparto del poder territorial. Se reconocen las libertades personales, el juego electoral de las mayorías, pero no el derecho a decidir en qué marco territorial se va a jugar. Los nacionalismos sin estado ponen en duda el área de juego de las libertades individuales y sociales, área intocable para los nacionalismos con estado. Porque actualmente el poder por excelencia reside en el Estado. Un estado omnipresente cada vez más en la vida del ciudadano.

La Europa jacobina

POR ello, cuando se habla de que los nacionalismos corren caminos contrarios a la unificación europea, sería bueno analizar qué tipo de Europa están configurando los estados actuales. Da la impresión de que se quiere reproducir, a escala europea, el método de unificación de los estados-nación actuales, la mayoría de ellos nacidos con forceps o con métodos más violentos. Algunos de los constructores europeos sólo tienen en la cabeza un modelo: el jacobino. Y cuando hablan de unidad compatible con la diversidad, sólo piensan en la diversidad señalada con distintos colores en los atlas. Y muchas veces ni eso. Francia, Alemania o Gran Bretaña tienen aspiraciones hegemónicas en la nueva Europa. España e Italia desean participar en el reparto.

Se está configurando un modelo de Europa con hegemonía económica alemana, supremacía militar francesa y culturalmente anglo-sajona. Las transnacionales europeas continúan teniendo patria. Son alemanas, británicas, francesas. Y cuando no, japonesas o americanas. En pleno discurso paneuropeísta alemán, se informa que ante la Asamblea de la Federación de los expulsados alemanes de Silesia, Pomerania y Prusia oriental Helmut Kohl anunciaba que «es necesario hacer de los territorios más allá del Oder-Neisse un modelo de cohabitación pacífica en Europa». Como que para reconquistar Silesia los expulsados han renunciado a los fusiles, utilizan la perspectiva europea y los instrumentos económicos. El conde Stauffenberg, diputado cristiano-demócrata en el Parlamento Europeo, decía en la Asamblea: «Pensemos en Alsacia-Lore-

(2) Jesús M. Rodés. «Catalunya-Nació? Aproximació des de la política internacional a una ambigüitat no calculada», pág. 13. *Ibidem*.

na; gracias a la Comunidad Europea, yo puedo hoy instalarme allí como quiera, asimismo como cualquier empresario alemán. Sólo es necesario aplicar este modelo al Este». La Federación de los expulsados abrirá una oficina económica en la Alta Silesia para aconsejar a las Pyme, a los artesanos y a los payeses, y animar su asociación con empresas de la RFA. El Deutsche Bank está negociando también un paquete de acuerdos para el desarrollo de la región de Könisberg, convertida en Kaliningrado después de la Guerra. Por otro lado, según Translink, una sociedad americana especializada en el consejo para la compra de empresas, en el primer trimestre de 1990 las empresas públicas francesas han desembolsado 17.400 millones de francos para adquisiciones en otros países de Europa. El estudio de Translink señala que el sector público francés es más activo en el extranjero que en su propio mercado e ironiza sobre el hecho de que Francia es el único país que exporta su sector público. Concluye, en fin, que Francia está nacionalizando Europa.

EN las jornadas sobre «La diversidad cultural en el diálogo Norte-Sur» organizadas hace un par de años por la Comisión Internacional de difusión de la Cultura Catalana, se pudo comprobar cómo los representantes de países con estado y de alta demografía estaban preocupados por el sesgo que tomaba la construcción cultural europea. Portugueses, franceses, italianos, hispano-americanos hicieron encendidas defensas de la diversidad cultural ante el peligro de uniformización anglosajona que llega. Quien pierde la voz pierde la patria, se afirmó. Y se alabaron actitudes de resistencialismo cultural como las protagonizadas por los cineastas franceses y los actores italianos contra la monopolización anglo-sajona de los medios audio-visuales, y la de los científicos quebequeses que alertaron del paso al inglés de las publicaciones del Instituto Pasteur de París. Se notó un cierto nerviosismo ante los peligros de minorización de aquellas culturas y ante el proceso de unificación europea que todos ven favorable, pero que como dijo M. Antonietta Macciocchi, en vez de propiciar el diálogo, está llevando a la guerra. Una guerra para decidir quién, en la futura Europa, ostentará la hegemonía cultural. Los intelectuales orgánicos de los estados en su papel de trabajadores por cuenta de éstos, según Aranguren, defienden encarnizadamente las fronteras culturales o su expansión, ahora que caen las fronteras políticas y económicas; mientras disminuyen su capacidad crítica.

Así, pues, en plena etapa de construcción europea los criterios que movilizan los esfuerzos económicos, culturales, comunicacionales continúan siendo los clásicos del nacionalismo. Pero con el añadido de que alemanes, franceses, ingleses, etc., disponen de un instrumento operativo para conseguir sus fines: el estado.

Democracia del Atlántico a los Urales. Una visión catalana

Si lo característico en el marco europeo, como decía Macciocchi, es en estos momentos el clima de batalla campal, dentro de los estados, especialmente en aquellos de composición plurinacional, se redoblan esfuerzos para disminuir la diversidad, para homogeneizar a la población; para asegurarse la fidelidad de la parcela del mercado único que corresponde a cada estado. En este contexto cualquier excusa es válida para desactivar veleidades federalistas o nacionalistas.

Ante la avalancha inmigratoria del Magreb producida por la baja natalidad europea y la situación socio-económica norte-africana, se debate cuál es el techo de la capacidad integradora de los países europeos. Y la polémica estalla, por ejemplo, sobre quién debe ser considerado francés. Sobre si el chador debe entrar en la escuela, o no. La unanimidad generalizada de los progresistas respecto al respeto a la diversidad que aportan los árabes, desaparece a la hora de reconocer la existencia del pueblo corso o en el momento en que alguien pretende introducir el bretón en la escuela.

LA progresiva concentración empresarial europea se aprovecha para acabar de liquidar los restos de economía autóctona de las diversas nacionalidades. Desde la capital del estado se influye para que una multinacional se instale en tal nacionalidad en detrimento de otra. En las negociaciones de Bruselas se protege la agricultura de una región y se abandonan a su suerte otras. Las zonas trigueras francesas han sido mimadas por la política comunitaria del Estado, al contrario que las zonas fruteras del Sur. España abandonó el sector láctico de Asturias y Galicia, y el de la fruta seca de Cataluña.

El estado, consciente de que debe ceder soberanía en dirección a Europa, está tentado de recuperar buena parte de las pocas competencias de que disfrutaban las administraciones locales. El estado quiere, por otra parte, monopolizar la relación con el Mercado Común. Los estados de base plurinacional controlan con avidez el reparto de los fondos de ayuda regional y son grandes sus reticencias ante las iniciativas en política exterior que tienen los presidentes de regiones o comunidades autónomas.

El creciente nerviosismo de portugueses, españoles, franceses o italianos ante la mayor potencia anglo-sajona en los medios audiovisuales puede comportar más dificultades para que el espacio comunicacional corresponda a unidades culturales y lingüísticas homogéneas, y que deje de coincidir con las fronteras establecidas.

Por este camino de desconfianzas, de temores, de no reconocimiento de la pluralidad interna difícilmente se llegará a la construcción de una Europa democrática. Caminamos hacia un modelo de estado europeo jacobino dirigido por un oligopolio de estados-nación. El eje militar-económico París-Bonn y la hegemonía cultural anglo-sajona serían los fundamentos de este nuevo estado-continente.

El paradigma italiano de crisis de Estado

Pero los estados especialmente implicados en este proyecto unitarista tienen en esos momentos graves problemas de cohesión interna y sufren una crisis de legitimidad ante los ciudadanos de la que sólo se aprecian algunos epifenómenos. Son los estados del triángulo Londres, Madrid, Roma con centro en París los que padecen en estos momentos la crisis más profunda. Cuestionamiento de la eficacia del estado del bienestar, anquilosamiento de la administración pública, rechazo a la partidocracia y a sus juegos de intereses. El caso italiano podría ser un paradigma de todo ello. Ahora, en plena crisis institucional, ya hace un año el electorado disparó la alerta roja.

«L' Unità d'Italia é durata 129 anni. Il sogno di Cavour, Garibaldi e Mazzini si é infranto contro il muro delle Leghe che, da Torino a Venezia, da Milano a Bologna, hanno coagulato il voto della protesta espressa proprio contro les disfunzioni dello stato unitario» decía Umberto Bonafini en un editorial de *La Gazzetta di Reggio*, en la región de la Emilia Romagna. Allí y aquí en editoriales o en artículos como el de Indro Montanelli (*La Vanguardia* 16-V-90) se ha accionado la alarma. La reacción de muchos de esos comentaristas ante los resultados de aquellas elecciones italianas no dejó de ser curiosa, bajo mi punto de vista. Acostumbrados a deducir que cualquier ascenso o descenso del voto en los partidos tradicionales era explicable por el sentido común de los electores, por la aplicación de aquella máxima de que el electorado nunca se equivoca, se extrañaron ante el incremento de la abstención y de las Ligas regionalistas. Los articulistas advertían y advierten de la responsabilidad en la crisis del sistema político de los partidos tradicionales, pero no aceptan la solución que el electorado está dando a esta crisis. Y, en muchos casos, alegan sorpresa ante los nuevos fenómenos. Pero, me temo que, en ese caso, sólo se sorprende quien quiere ser sorprendido.

EN una reciente visita a Italia comprobé hasta qué punto la burocracia hipertrofiaba las instituciones del estado. Una escuela de enseñanza media de algo más de un millar de alumnos, por ejemplo, necesitaba 40 conserjes, cuando aquí se deshabila con cuatro. La función de esos funcionarios solía ser holgazanear en las sillas y discutir quién era responsable de determinada tarea que finalmente quedaba por realizar. La programación escolar venía centralizada por el estado y los profesores percibían pluses por cualquier pequeño esfuerzo suplementario que realizaran. Las adscripciones políticas y sindicales del personal docente paralizaban muchas decisiones. Y el director de la escuela era un funcionario sin relación directa con el profesorado y que, por lo que parece, debía ser muy ducho en leyes, pero poco motivado por la gestión eficaz de su instituto. Me parece que el ejemplo ilustra sobre el grado de

Democracia del Atlántico a los Urales.
Una visión catalana

inoperancia a que ha llegado el sobredimensionado estado italiano. El clientelismo que desde el gobierno del pentapartito ha colocado a las amistades en la administración y el corporativismo del sindicalismo de inspiración comunista reclamando cada vez más plazas de funcionario han llevado al colapso al estado.

Unase a ello la crisis de representatividad de los partidos tradicionales cuyas políticas cada vez se parecen más, porque las culturas y los intereses enfrentados que diferenciaban a sectores sociales antagónicos están en quiebra. Nuevas culturas y nuevos intereses están emergiendo y laminan el conjunto de partidos. Por otro lado, hay la presencia cada vez más determinante de los *lobbies* económicos en las direcciones de los partidos, o los casos claros de corrupción que llegan hasta la presencia de miembros de la Mafia en las listas electorales, especialmente en el Sur. Y la autodefensa de una clase política que se encubre allí, aquí, o en Francia con la ley de amnistía para los delitos de tráfico de influencias.

¿Explica todo ello, por sí solo, la eclosión de las Ligas regionalistas? No. Estos mismos fenómenos en países de tradición centralista han significado que el voto de protesta sea precisamente canalizado por posiciones filo-fascistas (caso Le Pen). O por radicalismos revolucionarios. No creo que sea despreciable el hecho de que en plena crisis de estado el MSI, neofascistas italianos, pierda votos. Algún día alguien tendrá que estudiar el papel reformador y de encauzamiento democrático de los regionalismos o nacionalismos periféricos, sean de centro o de izquierdas, ante los brotes de nacionalismo exacerbado de estado. La solución no se halla, como apuntan algunos en el caso italiano, en realizar un truco de prestidigitación y convertir un sistema electoral proporcional, que refleja una realidad compleja y que ha permitido la vehiculación en regionalistas-nacionalistas y verdes de los votos contra el régimen, en un sistema mayoritario donde sean acalladas estas voces, para salvaguarda del heptapartito (Pentapartito más PCI y MSI). Esta medida sólo retrasaría el problema y lo agravaría. Véase el caso francés donde anti-semitismo y racismo son las consecuencias lógicas del unitarismo, del chovinismo y de la «grandeur» desde De Gaulle a Mitterrand, pasando por Marchais, que no han sido eliminadas por el sistema mayoritario; antes bien han sido radicalizadas al no encontrar cauces democráticos de expresión. Allí la crisis del estado se resuelve en clave autoritaria y estatalista, mientras que en Italia y otros lares parece derivar por la vía democrática y federalista.

EL editorial citado hace un momento intentaba, sin embargo, quitar importancia al fenómeno, asegurando que «sería vergonzoso para los italianos que un mero resultado electoral, fruto del visceralismo y producto de la ignorancia, pusiera en discusión la unidad nacional». Y eso en la patria del Tricolor, añadía, sería un sacrilegio. Los

intentos de marginalización o criminalización del fenómeno regionalista de ese comentario y de otros del mismo talante, no evitarán, por ello, lo que es una clara marcha ascendente de aquél. En las regiones de la Italia septentrional desde las elecciones regionales del 85 las Ligas han pasado del 1,3 por 100, al 2,3 por 100 en las generales del 87, al 4 por 100 en las europeas, al 9 por 100 de promedio actual. Casi un 20 por 100 en la Lombardía, 8 por 100 en el Véneto, 6 por 100 en la Liguria, 5 por 100 en el Piamonte y 3 por 100 en la Emilia Romagna. Al norte de la línea imaginaria que une La Spezia con Rímini, decenas de concejales en ciudades importantes como Milán, Boloña, o Turín, Venecia, Génova, Bér-gamo o Verona. Si a ello añadimos el mantenimiento o el incremento de la representación municipal de los movimientos propiamente nacionalistas del Valle de Aosta, Tirol, Friuli, Cerdeña o Sicilia cualquier llamamiento a la calma desde las filas de la partidocracia italiana es pura cortina de humo.

La gente de las regiones y nacionalidades italianas se han cansado de engordar un monstruo burocrático que no resuelve sus problemas. El Sur con su eterno subdesarrollo y la omnipresente Mafia. El Norte cansado de la extorsión del estado sobre las zonas con iniciativa con la excusa de la solidaridad con un Mezzogiorno al que las ayudas de miles de millones contribuyen a consolidar como sociedad parasitaria, exportadora de Camorra y funcionarios.

La Europa poliédrica

EN la medida en que los imperios del Este se desmoronan y en los estados centralistas del Oeste, como el italiano, aparecen fisuras, emergen unas realidades que no figuran en los atlas políticos. Alguien podría pensar que estas realidades afectan en Europa a minorías sin importancia. Nada más lejos de la realidad. Europa es un complejo continente compuesto por treinta y cuatro estados y más de sesenta nacionalidades, minorías nacionales o territorios con estatutos especiales. Europa es, pues, un mosaico compuesto por numerosas piezas, muchas de las cuales secretas, pero que periódicamente se muestran en ocasión de coyunturas favorables. Esta Europa secreta no es precisamente despreciable en cuanto a peso demográfico o territorial. Nada menos que 201 millones de habitantes son ciudadanos de territorios no estatales con capacidad de autogobierno o con reivindicaciones pendientes en este sentido. Sobre el total de 689 millones de europeos significan el 29,1 por 100 y 2.927.151 kilómetros cuadrados que representan el 37 por 100 de la superficie de Europa. O sea que, aproximadamente, uno de cada tres europeos está en situación minorizada. Y más de una tercera parte del territorio europeo corresponde a naciones sin estado, minorías nacionales o áreas de estatuto especial.

Democracia del Atlántico a los Urales. Una visión catalana

Si tomamos como rasero las dimensiones territoriales del más pequeño estado de la CEE: Luxemburgo, nada menos que cincuenta y cinco nacionalidades o minorías nacionales tienen un territorio superior a éste. Y si tomamos como rasero en demografía Islandia, el menos poblado de los que no son microestados europeos, cincuenta y una naciones superan en población a este estado.

La diversidad es la norma, en cuanto a la forma organizativa de los estados. Al margen de la RFA, Austria y Suiza, de los estados claramente plurinacionales son formalmente federales: Checoslovaquia, Yugoslavia, la URSS y Bélgica. Conceden algunos estatutos nacionales de autonomía: Dinamarca a Groenlandia y las Fer-Oer, Finlandia a las islas Aland, Gran Bretaña a la isla de Man, Gibraltar y las islas Anglo-normandas. Italia al Tirol del Sur y el Valle de Aosta y España a Euskadi. Conceden autonomías regionales España e Italia al resto de nacionalidades. Y Francia, Gran Bretaña, Países Bajos y Rumania organizan la mayoría de sus territorios con estatuto especial, treinta y seis están bajo régimen federal, ocho con estatutos nacionales o especiales de autonomía, cinco con estatutos regionales y once sin ningún reconocimiento.

EL proceso de cambio que está viviendo Europa, como en cualquier caso parecido, conlleva un alto grado de indeterminación. Eso hace que los movimientos nacionalitarios y de defensa de los derechos colectivos de estas más de sesenta sociedades sin estado, sean en esas circunstancias claves en la definición del nuevo orden democrático europeo. Desde Estonia a Escocia, desde Ucrania hasta Euskadi, pasando por Eslovenia, Flandes, Córcega, el Ulster..., se reclama protagonismo en la construcción de la estabilidad europea. La estabilidad de la democracia europea sólo podrá venir del reconocimiento del derecho de cada sociedad a decidir su grado de autogobierno en una Europa unida.

Muchas circunstancias objetivas se acumulan a favor de estos anhelos. ¿Cómo se podrá defender el derecho a la diferencia de las poblaciones afro-árabes emigradas a Europa, al mismo tiempo que se conculca este mismo derecho en Bretaña o en Kosovo? ¿Cómo se podrá, en una Europa de mercado único, impedir que los representantes institucionales de las regiones y nacionalidades tengan cada vez más iniciativas económicas destinadas a captar o exportar inversiones sin intervención de los estados? ¿Cómo se combatirá la desvertebración de la sociedad provocada por el cambio acelerado de civilización y formas de vida que acompaña a la revolución tecnológica, si no es con un creciente enraizamiento y desarrollo de la propia identidad? ¿Cómo se evitarán los males que conlleva la tremenda estandarización cultural, si no es con la potenciación de la diferencia? ¿Cómo se solucionará la inoperancia de los estados-nación ante los grandes retos económicos, militares o ecológicos que deberán ser resueltos a escala europea y mundial, y su ineficacia en los micro-

problemas que afectan a la calidad de vida inmediata del ciudadano sólo solucionables a escala humana: municipal o de nacionalidad?

La Europa que se está construyendo puede optar por un modelo jacobino o girondino. Puede optar por definirse como un oligopolio de las cinco o seis grandes naciones, con grandes peligros de desestabilización, u optar por el reconocimiento de la diversidad. Optar por la constatación lúcida que hace Edgar Morin (3) de que por definición Europa es la diversidad. Pero no la diversidad exclusiva de los estados, sino aquella que asume toda la complejidad de esta península asiática. «La identidad de Europa, dice Morin, se tiene que buscar en el proyecto de futuro y en la metamorfosis permanente. Europa se construirá en la anarquía organizativa, a la manera de un ecosistema que se forma a partir de inter-retroacciones que vinculan una prodigiosa variedad de seres vivientes. En este sentido Europa se ha eco-organizado. La ecoorganización es la euroorganización. Igual que un ecosistema Europa no ha tenido nunca una cabeza, un cerebro, o un centro, sino millones de cerebros e innumerables centros. Europa tiene una identidad metamórfica, cambiante».

EN este contexto metamorfósico, ¿quién va a impedir y en nombre de qué el que las sociedades definan en qué marco van a aceptar la decisión de la mayoría? Si las decisiones macro-económicas, y políticas se ceden a las instituciones representativas del conjunto europeo, si las microdecisiones se aspira a que se tomen a nivel municipal, ¿quién tiene autoridad para definir en qué estadio se aceptará el consenso para las decisiones de nivel intermedio? ¿En nombre de qué han de continuar siendo los decrepitos estados-nación? En una Europa, modelo de la libertad de circulación de personas, ideas y mercancías, ¿quién va a poder justificar la rigidez y la inmutabilidad de unas fronteras en vías de desaparición y quién ha de decidir que tipo de administración ha de regir los aspectos no asumidos por los municipios o las instituciones europeas, sino los mismos ciudadanos afectados?

El largo artículo de Zbigniew Brzezinski en *La Vanguardia* (31-XI y 1,2,3-II-90), el mapa del *Financial Times* sobre la Europa del 2020 y el análisis editorial del *New York Times* señalando que la estrategia americana ante la cuestión nacional del Este europeo prioriza en primer término, la reforma, en segundo la estabilidad y en tercero la unidad, nos enseña cómo observadores exteriores son capaces de enfocar el tema de forma fría y desapasionada. Las diversas conclusiones ayudan a confirmar que, si en el siglo XX el respeto a los derechos individuales y sociales ha sido la condición sine qua non de la estabilidad de las sociedades europeas, de cara al siglo XXI, sólo la solución de los desequilibrios ambientales y el reconocimiento de los derechos colectivos pueden asegurar la paz y la democracia a Europa.

(3) Edgar Morin: *Pensar Europa*. Llibres a l'abast. Edicions 62, 1989, Barcelona.

Europa, España, Cataluña

Si se impone en Europa un modelo jacobino, España misma tiene las de perder. A pesar de la retórica de los 300 millones, España en la Europa estricta, que es lo que cuenta, es sólo un mercado de 40 millones de ciudadanos. Y si de cultura hablamos, descontando los consumidores culturales de productos vascos, catalanes o gallegos, la cifra se ve aún reducida al mismo nivel que Polonia. Ninguna comparación posible con la hegemonía cultural inglesa, con el papel del inglés como lengua instrumental; ninguna semejanza con los cien millones de germanófonos esparcidos por Europa a los que hay que sumar las poblaciones que tienen el alemán como lengua de trabajo; poco parecido a los 60 millones de francófonos del continente a los que se debe añadir los 50 millones de magrebíes que tienen la cultura francesa como segunda lengua, ahí tan cerca por kilometraje y por inmigración.

ASI pues, España, en la Europa estricta, no creo que pueda salir muy bien parada si opta por emprender la carrera hegemónica a la que conduce una visión jacobina de Europa. Paradójicamente, lo que algunos ven como un estorbo, la diversidad, la pluralidad nacional de España, podría ser su carta a esgrimir en una concepción pluralista y girondina de Europa. Precisamente en Francia, el estado más centralista de Europa, se alzan voces de alerta. Decía hace poco Geroges Frêche, alcalde socialista de Montpellier, en una entrevista a la revista *Sinergie*: «Asistimos a un cambio: los países centralizados tardíamente como Italia, Alemania, España y que han guardado en sus genes una tradición descentralizada, serán los ganadores de la Europa del 93. Francia se singulariza por un cúmulo de administraciones que desperdician energía y dinero. El departamento (provincia) es el que lleva la voz cantante y es totalmente inoperante (...). Se necesitarían tres niveles: el estado, las regiones y las ciudades». España podría estar encabezando la construcción europea desde la óptica de la pluralidad, desde la óptica del respeto y fomento de lo que, según Edgar Morin, es el ser mismo de Europa: su diversidad. Y en esa trinchera encontraría a su lado no sólo a catalanes, vascos o gallegos, sino a checos, eslovacos, húngaros, holandeses, suecos, finlandeses y tantos otros europeos que por su baja demografía y a pesar de gozar de estado, ven peligrar su futuro si se impone un modelo jacobino de Europa.

En este contexto Cataluña, que votó mayoritariamente la Constitución porque se le prometió que se haría de ella una lectura generosa, ve ahora con asombro que, al final de la transición pactada entre el franquismo y la oposición, su autonomía ha sido devaluada por la sistemática interpretación restrictiva que del estatuto se ha hecho desde el Gobierno y el Tribunal Constitucional. Y ha venido la decepción y la creencia,

justificada o no, de que cualquier gobierno central, sea de izquierdas o de derechas, ve con desconfianza el hecho diferencial y concibe España de un modo monolítico. A partir de ahí, mucha gente puso su énfasis en el futuro europeo de Cataluña, pero la concepción estatalista dominante que subyace en el comportamiento de los políticos que mandan en el continente ha significado bien pronto un jarro de agua fría.

ESTAMOS, pues, bastante perplejos. Las fuerzas políticas mayoritarias continúan discutiendo cuál es la mejor manera de pesar en España, si la colaboración en partidos españoles, o la participación en la gobernabilidad del estado desde la propia identidad. Federalismo *light* o nacionalismo moderado. Pero, desde mi punto de vista, ni una cosa ni otra proporcionan garantías de que España va a cambiar sus rutinas centralistas, su visión uniformadora. Véase, si no, el fiasco de la llamada operación Roca de construcción de un centro político desde la periferia, y el reciente nerviosismo del *lobby* andaluz ante el supuesto poder catalán representado por tres nuevos ministros del gabinete González. La sensación de que han cambiado las formas, pero que en el fondo todo sigue igual, es lo que debe llevar a la gente de Cataluña a pronunciarse en multitud de encuestas de opinión mayoritariamente, más de un 70 por 100, a favor del aumento de la autonomía; y hasta en porcentajes superiores al 50 por 100 favorable al pleno autogobierno. El hecho de que esta posición no se transluzca a la hora de las votaciones políticas o en la lista de temas que preocupan a los ciudadanos no impide que exista. El pragmatismo es una virtud, o un vicio, de este país, pero no se debe confundir tranquilidad y paz, con ausencia de contestación a la actual configuración del estado de las autonomías.

España debe afrontar la existencia, por otro lado reconocida constitucionalmente, de las nacionalidades históricas, sujetos de derecho colectivo y mantener con ellas un tipo de relación contractual de tipo federal o confederal. Sería necesario reconsiderar la política de café para todos diseñada en tiempos de la UCD y propugnar cafés a la carta, cortos, largos o cortados, para que cada cual obtuviera las competencias que decidiera ejercer en función de sus derechos colectivos, o en caso de no ser titular de esos derechos, en función de su capacidad para gestionarlas. El estado de las autonomías es fruto de las condiciones en que se hizo la transición política. Con una correlación de fuerzas favorables al franquismo. Acabada la transición, la perpetuación de esta situación a través del enquistamiento de los partidos democráticos españoles de las estructuras y rutinas heredadas de la dictadura y de trescientos años casi ininterrumpidos de centralismo, sólo está facilitando el renacimiento de un españolismo que obstaculiza el progreso de los ciudadanos de las nacionalidades de la península y que pone en peligro las bases mismas de la democracia. Si la Constitución reconoce, aunque sea de forma vergonzante, la

Democracia del Atlántico a los Urales. Una visión catalana

plurinacionalidad y la pluriculturalidad del estado, se necesita desarrollar legislativamente estos aspectos y no disolverlos en una pura descentralización regional y administrativa, válida para la Rioja, pero a todas luces insuficiente para las nacionalidades históricas. Y ello no tendría por qué comportar agravios comparativos; sería simplemente el reconocimiento legal de la diversidad. Cuando estoy escribiendo estas líneas, un hombre de derechas y de trayectoria democrática, como Miguel Herrero Rodríguez de Miñón declara (*La Vanguardia* 14-IV-91) que es necesario reconocer los derechos históricos de aquellas comunidades que tienen formato de nación.

Aquellos que pensaban que el Estado de las autonomías sería una solución definitiva a la pluralidad, son tan utópicos como los que pueden soñar en independencias a la vieja usanza. El desajuste nacional en España no se acabará hasta la mengua del Estado español por la vía de la cesión de soberanía a Europa y/o hasta que no se reconozca explícitamente el mapa nacionalitario de la península: cuatro nacionalidades, y situaciones regionales diversas. Cuatro lenguas y como mínimo cuatro culturas. Todos los intentos de reeditar la LOAPA, aunque sean al alza, no resolverán el problema.

Constitucionalmente se podrían reconocer dos o tres niveles de competencias, como de hecho ya se prefiguraba en los tres caminos de acceso a la autonomía: plebiscito, artículo 151, artículo 143. Un nivel nacionalitario en la línea del estatuto vasco más desarrollado, donde gallegos, catalanes, valencianos y vascos dispusieran de todas aquellas competencias posibles, especialmente las financieras, y las de orden público y justicia. Un nivel regional español donde podría haber autonomías con mucha personalidad como Canarias, Andalucía, Aragón o Asturias y otro nivel de menos competencias de simple descentralización. Es obvio que no será desde la periferia desde donde se tendría que poner reparos al acceso al máximo nivel de competencias de aquellas comunidades que democráticamente lo decidieran.

LOS altos funcionarios del estado y sus ideólogos clamarán al cielo contra el peligro de balcanización, contra la imposibilidad de gobierno, contra el posible despilfarro económico. Pero, la democracia, aquí y en todas partes, es cara, si se mide solamente por el rasero cuantitativo. Pero la estabilidad, la paz y la justicia no cotizan precisamente bajo, en ese mundo conflictivo.

Y ¿dónde queda España? Repitémoslo una vez más. Una España replanteada como conjunto de nacionalidades y regiones podría ejercer el papel de líder en una concepción europea pluralista; la única posible, por otra parte. Una España con las fronteras disminuidas, tendiendo el brazo a Portugal, permitiendo a catalanes y vascos saltarse el Pirineo para reencontrarse con sus compatriotas del Norte, conectando con el Gran

Sur francés y occitano, y con la pluralidad y vivacidad de lo que se mueve en Italia, más arriba de Roma. Esto forma una subregión europea con gran futuro si se incentiva la diversidad. Por el contrario si Francia, España e Italia optan por la reedición de concepciones centralistas, no se necesita ser futurólogo para ver cómo la actual emergencia del federalismo alemán, austriaco y suizo, la diversidad eslava y nórdica se erigirán en eje central y punta de lanza de esa nueva Europa, basada en la capacidad de iniciativa que da la diversidad, en la capacidad de adaptación a los cambios de civilización que da la identidad (4), en la estabilidad que da el profundo respeto a la pluralidad.

(4) Werner Weidenfeld: *La cuestión de la identidad. Los alemanes en Europa*. Ed. Alfa, Barcelona 1987.